

Pequeña enciclopedia filosófica de cosas ilustradas. Sobre De lunes a viernes, las cosas

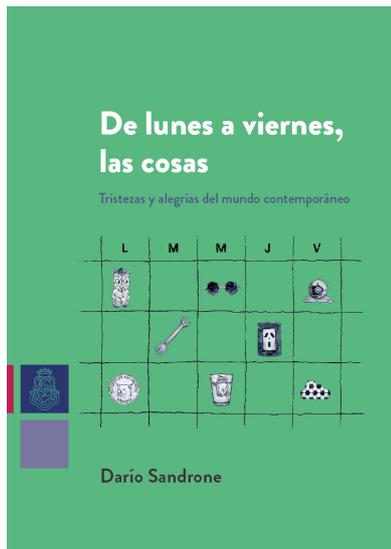
Darío Sandrone. (2022).

De Lunes a viernes, las cosas.

Tristezas y alegrías del mundo contemporáneo.

Editorial de la UNC. 340 páginas.

ISBN: 978-987-707-242-6



Ante este volumen es inevitable preguntarse ¿qué es este libro? Claro que podríamos responder de muchas maneras: que se trata de una compilación de las columnas de Darío Sandrone en *Hoy día Córdoba* y en *La Voz del interior*; si aceptamos lo que dice su autor podríamos decir también que se trata de un objeto tallado, tejido por el pensamiento, construido por sus manos. Es todo eso, pero también es una cosa que funge las veces de los *Gabinetes de curiosidades* de antaño, donde el tiempo se transforma en espacio y las cosas y las palabras tejen sus relaciones.

Con el afán por coleccionar curiosidades y hacerlas públicas, las cosas de este libro no son infinitas pero parecen serlo. Este pequeño gabinete que nos acerca el autor porta en sí lecturas atentas y la exhibición de ejemplares exóticos; a veces, por la lejanía en el tiempo o en el espacio en el que están situados; otras veces, por esa lejanía o oscuridad en la que las ha puesto nuestro olvido; otras tantas, por el manto de polvo con el que las cubre la obiedad o la cotidianidad; a veces, por estar sepultadas por nuestra ignorancia.

Estamos, así, ante la escritura fraguada de esa *wunderkammern* en la que nos paseamos sin prestar atención, en la que vivimos muchas veces sin darnos cuenta de las excéntricas y existencias de todo tipo que rozamos, hacemos, rompemos o ignoramos a diario. En *De lunes a viernes las cosas*, Sandrone ofrece una visita guiada por el tiempo de las cosas, por el tiempo del mundo, una visita al pasado, al presente y a lo que se avizora del futuro. Este guía es, también, un gran narrador —como dice María Teresa Andruetto en el prólogo— que avanza aparentemente distraído entre las cosas, para hallar el tesoro de la sorpresa, para contagiar su curiosidad por lo no sabido. Su gesto es ambiguo: entre la atención del filósofo y el desvío del pensador, del curioso, del contador de historias. Es un presentador de anomalías y paradojas, un rastreador que, para que aparezca la cosa, las tamiza y pasa por la zaranda de la técnica humana, de los procesos políticos, científicos y culturales de la historia. Se revela, así, el tiempo de las cosas, los ensayos infructuosos previos que no prosperaron, la inquietud de la materia y la plasticidad de la invención, la gloriosa novedad que luego parece existir desde siempre en esa cosa sin la cual parece imposible vivir; o la mentira o falacia bajo la que otros vivientes no-humanos son tomados como cosas.

Sandrone cruza la filosofía y el imaginario, en la tarea artesanal de contar historias y en la intrépida escalada por cosas de toda calaña, fenómenos de toda índole, con un coleccionismo de partes del mundo que no dejan de crecer. Se dan cita el asombro —animado por Arendt— ante todas esas “cosas que tienen la función de estabilizar la vida humana” y la sorpresa de la novedad que desestabiliza la vida humana. O, a veces, la vida en general. Las cosas nos ayudan a persistir en lo que somos, también a destruirlo. El autor sitúa las cosas en esos “pequeños melodramas mentales que se despliegan en nuestra interioridad” y también las sitúa críticamente en la materialidad —a veces dramática, a veces trágica— en la que se dan pujas políticas, económicas, sociales, por hacerse de ellas, incluso, a veces, valorándolas más que a la vida.

Para sortear la tentación de caer en la indefinición en su existencia genérica de “cosas”, se nos ofrecen pistas para sondear esa vastedad que nos rodea. Esas pistas surgen en un diálogo con múltiples tradiciones y voces (Aristóteles, Heidegger, Husserl, Descartes, Locke, Lady Byron, Hume, Haraway, Arendt, Virno, Braidotti, Harman, Danowski y Viveiros de Castro; también, Horacio Banega, Ariela Battán, Emmanuel Biset, Andrea Torrano, Mary Shelley, Borges, Phillip Dick, Madonna y Leonor Marzano). Esas otras voces que balizan este libro parecen decir que las cosas no son ni objetos (palabra cara a la filosofía en tanto supone la previa posicionalidad de la cosa, para que sea objeto de nuestro conocimiento), ni mera existencia o stock (como ese modo de existencia disponible ahí a la mano). La cosa está, puede mostrarse o ausentarse, siempre y cuando aparezca en ese umbral de la visibilidad en la que puede ser tomada, deseada, construida, reconstruida, pero sobre todo insertada en el cotidiano devenir de nuestros días... de-lunes-a-viernes-las-cosas.

Recordemos las *Lecciones sobre filosofía de la historia* de Hegel: "Sin duda el hombre ha de ocuparse necesariamente de lo finito; pero hay una necesidad superior, que es la de que el hombre tenga un domingo en la vida, para elevarse sobre los quehaceres de los días ordinarios, ocuparse de la verdad y traerla a la conciencia". Raymond Queneau escribió *Los domingos de la vida* para ironizar acerca de la plenitud hegeliana de la vida del espíritu. Queneau —el mismo que quiso elaborar una "Enciclopedia de las ciencias inexactas"—, se pregunta acerca de la existencia de tal plenitud, de tal elevación del saber y la autoconciencia. Si es dable la comparación, esta enciclopedia de las cosas inexactas, cosas antes que objetos, cosas materiales antes que ideas del espíritu, en su plasticidad e in-exactitud pretenden nuestra atención. Es preciso volver a las cosas, porque nos hemos extraviado de ellas, parecen hoy retornar para decirnos que son cosa seria, que más allá de nuestra vida y nuestra historia, esas cosas serán las que nos sobrevivirán.

El ejercicio filosófico y escritural de desempolvar la obiedad de las cosas nos sitúa en una suerte de perspectivismo antropológico: somos animales que hacemos y tenemos cosas, a veces bajo el signo de la belleza, a veces bajo el signo de la utilidad, el uso y el consumo; muchas veces bajo ambos. Este pequeño manual de ejercicios de perspectivismo muestra que cosas que en un momentos fueron "indecentes" luego llegaron a ser "lindas y necesarias", que allí donde hay una necesidad hay una cosa, que el capitalismo es un sistema de cosas, una máquina de diseñar necesidades y opresiones, que las cosas y

su agencia forman parte de la historia política de la materia del mundo.

En este libro las cosas no son mudas ni inertes, como en el Kintsugi que "reconoce a las cosas como seres con historia, íntimamente relacionada a la de su dueño, y asume que las marcas de nuestras cosas se confunden irremediabilmente con las nuestras y merecen el mismo cuidado". Tampoco son pasivas ni pacíficas, desde la ooo (Ontología Orientada a Objetos), "las cosas no descansan", no se quedan quietas, conforman un sistema: "entendidas como procesos materiales que se despliegan en el tiempo" tienen una relación tensa con los objetos. Toda vez que la cosa es situada "en determinadas coordenadas sociales y simbólicas" puede convertirse en objetos, pero también los objetos pueden volver a ser cosas. Así, la cosa devora al objeto, es su amenaza.

A distancia de la lectura hegeliana que reclama la infinitud en los domingos de la vida y parece dejar la finitud para el trato horizontal con las cosas del mundo, parece, más bien, que nos encontramos en una prolífica finitud infinita, cuya enumeración podría llevarnos la vida, cuya enciclopedia sería la que no se termina de escribir, la que no deja de desactualizarse.

Como leemos en *El gran misterio* de César Aira (2018):

Amaneceres, cajas, sillones, terreros, torres. Obstáculos, taxis, redes. La enumeración de las cosas. La enumeración es una cosa más. Oro, cubo, terremoto, perspicacia. Podría seguir indefinidamente. Vaso, agua, pez,

rana, camisa, yo. Ni siquiera los diccionarios más completos contienen los nombres de todas las cosas, de algunas porque se inventaron después de que se escribiera el diccionario, de otras porque son nombres en otros idiomas. Y los nombres son apenas una parte, un aspecto de lo que nombran, el lado al que da la luz (p. 8).

El afán clasificatorio y el descubrimiento de las cosas no puede eludir el lenguaje, las palabras que surgirán para decir las, para nombrar nuestra relación con ellas, lo que hacemos con ellas o lo que nos hacen hacer. Y así, a la euforia al creer que se ha completado la lista, le sigue el desaliento frente a su prodigalidad desbordante. Las cosas nos conciernen vitalmente y son parte de esos "trabajos que hacemos todos. Vivir" (Aira, 2018, p. 11).

Las cosas de este libro —como las cosas de Aira— están mediadas por el lenguaje, por lo que conocemos y desconocemos de ellas, por lo que es insospechado para nuestro uso o abuso, nuestro trato con ellas. Incluso desde aquí, paradójicamente, despliegan su no-ser-cosas, desbordándose en todo eso que las rodea, indicando aquello de lo que están investidas, afirmando acaso la potencia infinita de una agencia insospechada, más allá de lo humano, posthumana.

Natalia Lorio

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina
nalorio@unc.edu.ar

Referencias

Aira, C. (2018), *El gran misterio*, Blatt & Ríos.